



Chozo lapona. — Chozo de los esquimales. — Cabañas de los salvajes de África y de los Pielos-Rojos

con los Camitas, resultó de esta asociación el arte más perfecto. El arquitecto griego tomó de los fenicios sus procedimientos para asentar las piedras ensambladas sin la trabazón de la argamasa; pero conservó las formas de la estructura de madera, que eran más elegantes y variadas.

Se juzgará completamente de esta increíble y misteriosa fidelidad á los principios de construcción conservada á través del tiempo y del espacio por ciertos pueblos, si se recuerda especialmente que los *chalets* suizos están contruídos hace millares de años como los del Tibet y los del valle de Cachemira, según procedimientos idénticos, por ramas de una misma raza separadas siglos ha.

Todavía hoy el *cottage* ó quinta inglesa tiene su *nursery*, extensa pieza en que se reúne la familia, dispuesta como el gineceo griego, ó como en Francia las salas de nuestros castillos de Edad media, antes que las influencias galo-romanas se hubieran sobrepuesto á las influencias indo-germánicas. Y esta disposición es la de los Arios; es su armadura, es su construcción.

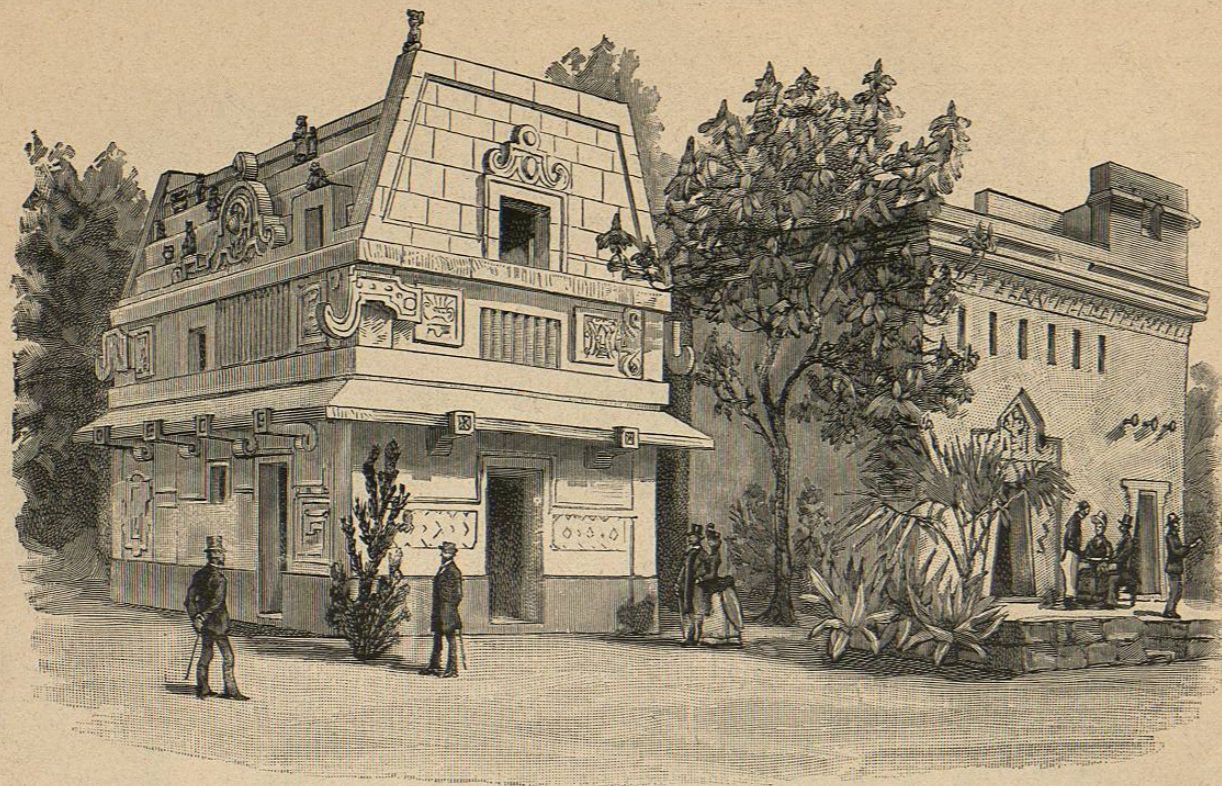
No me atrevería á garantir que esta especie de génesis de la arquitectura, cuyas principales líneas acabo de trazar y cuya representación figurada hubiera sido interesante dar, pudiera ser fácil y claramente indicada en la serie de las habitaciones contruídas al pie de la torre Eiffel. Viollet-le-Duc no hubiera dejado de hacerlo. M. Garnier ha preferido separarse de este método, un poco abstracto, pero recomendado por la lógica. En efecto, ha adoptado tres grandes divisiones: en la primera ha colocado las habitaciones de la época prehistórica, albergues naturales que los primeros hombres buscaban en las cavernas, ciudades lacustres, elevadas sobre estacas en medio de los lagos para preservarse de las fieras, cabañas formadas de un grosero armazón de ramas sin desbastar, etc. En la segunda división, que ha subdividido en tres categorías, sin que se vean claramente sus puntos de contacto, ha puesto en primer lugar las habitaciones de lo que llama él *civili-*



Casa árabe

*zaciones primitivas*, es decir la casa egipcia, la asiria, la fenicia, la israelítica, la pelásgica (cuyo lazo viene á ser un jeroglífico) y la etrusca; después las habitaciones selladas por la influencia ariana, la casa india, la de los persas, la de los germanos, la de los galos, la de los griegos, la de los romanos; finalmente las habitaciones contruídas después de la invasión de los bárbaros, la de los hunos, la de los galo-germanos, la escandinava, la del renacimiento, la bizantina, la eslava, la árabe, la del Sudán. Es la incoherencia misma, un gatuperio de estilos y formas, que rabian de verse juntos. Diríase que se ha colocado todo esto sin orden, al azar, la arquitectura oriental al lado de la europea, únicamente para aturdir al visitante.

En la tercera división, todavía parece haberse preocupado menos, si es posible, de la lógica el bueno de Carlos Garnier, limitándose á poner bajo la rúbrica general de *civilizaciones aisladas* los tipos de casas de las varias razas, bárbaras ó civilizadas, que, según él, «quedaron aisladas del resto del mundo y no entraron en la marcha general de la humanidad.» Está consagrada á la raza amarilla, á los chinos y á los japoneses; á la raza negra y á las poblaciones indígenas del continente americano.



Palacio de los Aztecas y de los Incas

El lector no espera, á buen seguro, un estudio descriptivo y crítico de cada una de las cuarenta y cuatro habitaciones, porque sería una presunción excesiva querer formular sobre tales obras que representan muchas civilizaciones, juicios que habría que fundar en documentos precisos y decisivos. Dejemos pues esta espinosa tarea á los sabios de profesión, si tienen interés en ello. Nuestro papel es más modesto, pues consiste, ante todo, en expresar simplemente los deseos del público, en traducir sus impresiones, sus entusiasmos ó sus decepciones.

En este concepto, seanos lícito hacer una tímida protesta sobre el asunto de la Historia de la habitación de M. Garnier, que carece de claridad y de método para los pobres ignorantes que, como nosotros, necesitan comprender bien lo que se les quiere enseñar y adonde se les conduce.

Todavía pudiera hacerse un reparo más grave, ya insinuado más arriba, y es el de inexactitud arqueológica. ¿Está cierto M. Garnier de no haberse aventurado más de lo conveniente en el campo de las hipótesis? ¿No ha dado excesivo vuelo á sus facultades creadoras queriendo restituir habitaciones de ciertos pueblos, de cuya historia faltan absolutamente los documentos? A buen seguro que abundan los datos sobre la casa de los griegos, la de los romanos y la del renacimiento, y por lo mismo nada hay que decir, sino que los edículos construídos por M. Garnier en una escala demasiado reducida, no producen de ninguna manera la ilusión de la realidad causando sólo el efecto de juguetes de cartón.

Pero ¿y los tipos anteriores? Para la casa egipcia, por ejemplo, para la asiria, para la fenicia, para la india, que se ha comparado con un monumental estuche de antejo, ¿adónde ha ido pues M. Garnier á buscar su inspiración y sus modelos? He aquí lo que tendría uno curiosidad justificada de saber.



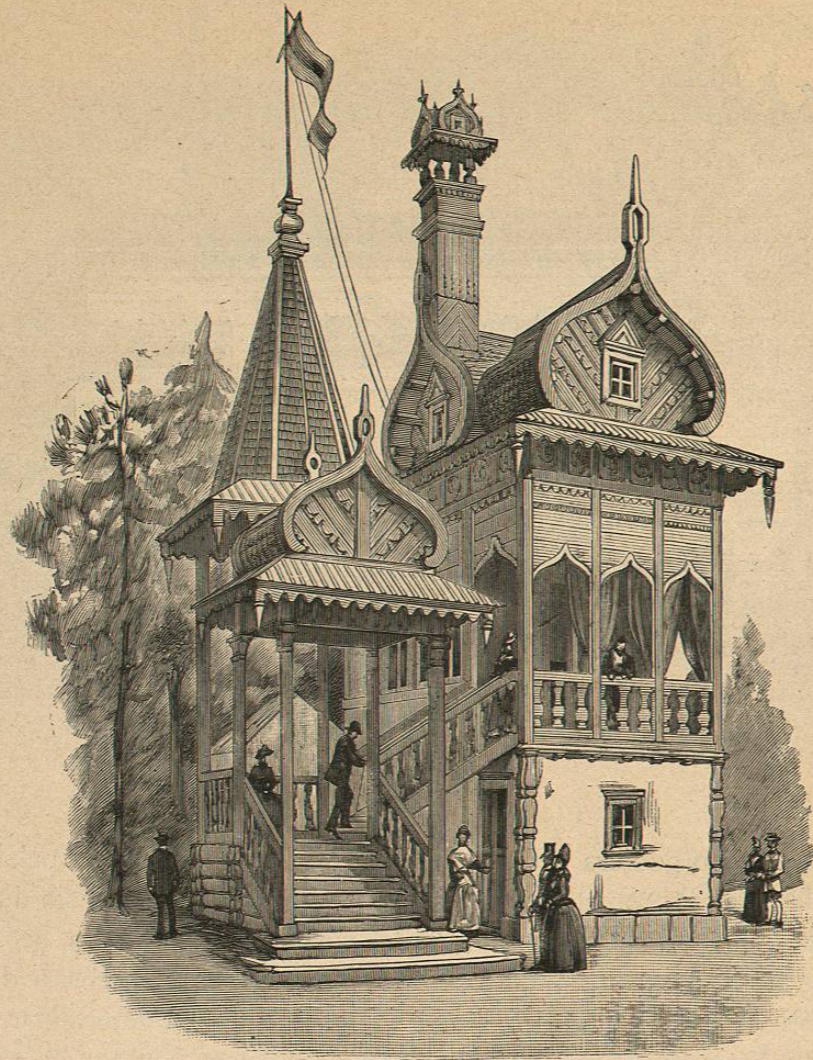
Casa griega

Verdaderamente no pudiera pedirse nada mejor que creer bajo su palabra á un sabio como M. Garnier, que al acometer su audaz empresa, debió consultar sin duda los buenos autores. Pero la fe no se impone; y vacila la fe, cuando se piensa en las interminables discusiones que se producen y reproducen entre los eruditos á propósito de ciertos monumentos célebres, cuya extensión ni siquiera puede llegarse á determinar, como el templo de Jerusalén. Y se desvanece del todo, cuando se hacen constar los errores cometidos por el arquitecto de la Historia de la habitación. ¿Se quieren algunos ejemplos? Pues citemos la casa japonesa. M. Garnier ha revestido con una capa de pintura al óleo las paredes interiores.

Ahora bien, no digo todos los arquitectos, sino todo el público, todos los lectores de *Madame Chrysantheme*, la bella novela de P. Loti, saben que en el Japón no hay en las habitaciones más que tableros de madera desnuda, pulida y siempre limpia, madera admirablemente trabajada y precisamente esta misma desnudez es uno de sus principales caracteres y encantos.

Veamos también la casa árabe. M. Garnier le da columnas rechonchas y pesadas y miradores pintados de color sombrío. Bien nos advierte que su casa árabe se refiere al siglo XI; á pesar de ello, no es menos cierto que las columnas son un despropósito y la pintura en los miradores otro, sea dicho sin agravio.

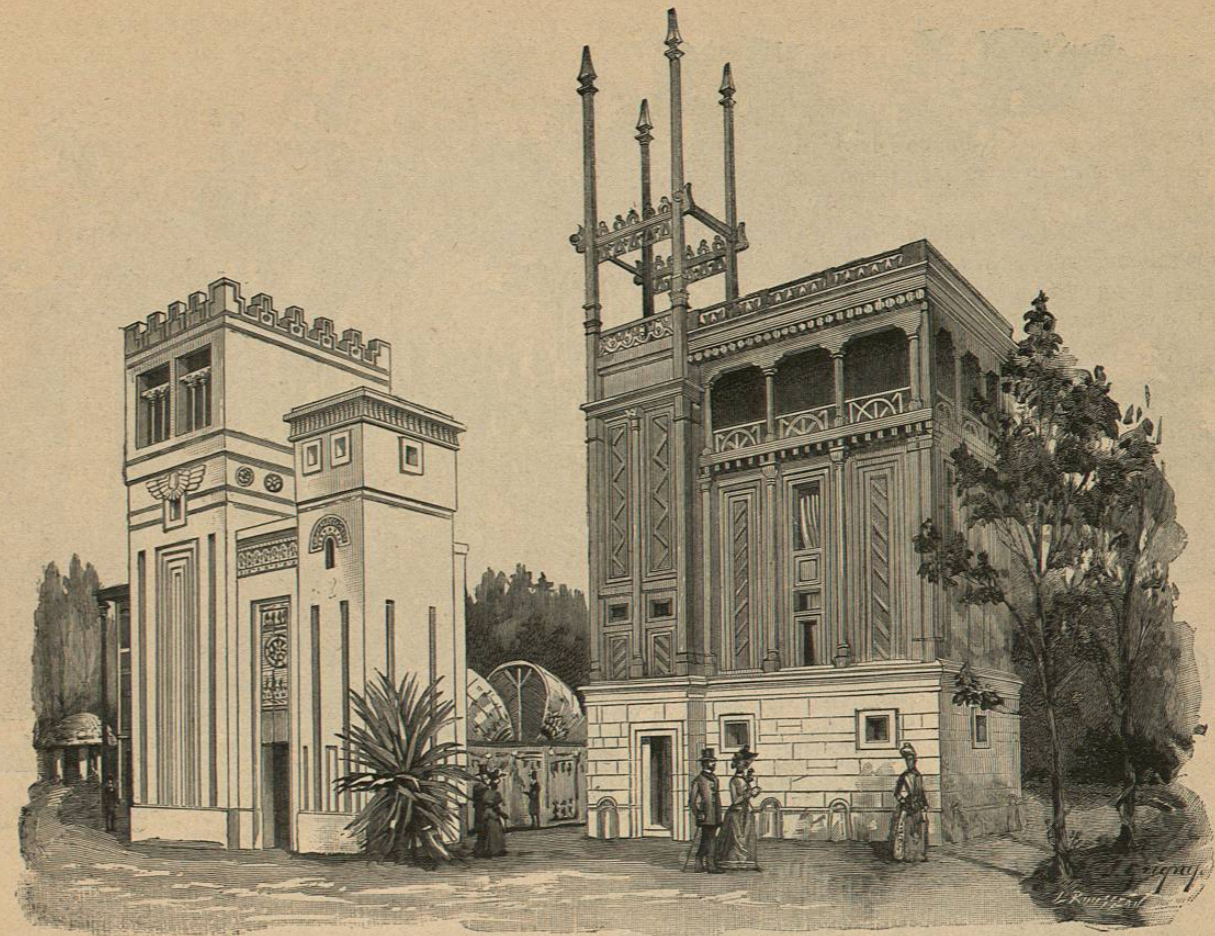
Otros ejemplos, tomados de la antigüedad. M. Garnier ha representado en su casa asiria un ornamento, un símbolo religioso figurando un globo con grandes alas desplegadas. Los egipcios fueron los que inventaron este ornamento y lo prodigaron en la fachada de sus edificios; por consiguiente á ellos debió atribuirse y no á los asirios, que no hicieron más que copiarlo. En cambio, M. Garnier quita á los asirios la cúpula, que recibió de ellos su primera forma, para regalársela á los persas, los cuales se limitaron á tomarla de sus predecesores.



Casas eslava y rusa

Pero hay que hacer una observación más importante, á propósito de la casa asiria y de la fenicia, porque se refiere á la construcción. M. Garnier les ha dado las más extrañas formas, como si no fueran para abrigar hombres. Son especies de cajas oblongas, muy altas, desprovistas en su base de toda clase de ventanas. La casa fenicia es una construcción bastante ligera que estriba sobre un basamento de piedra horadado por estrechas aberturas y lanza al espacio sus masas de obra abigarradas de los más vivos colores. La parte habitable de esta casa parece ser el palomar que se ve en lo más alto y más bien parece una *loggia* italiana con sus amplias aberturas provistas de cortinas. *Loggia* ó palomar, parece inaccesible sin escalas: tal es su aspecto.

Ahora bien, consúltense todos los documentos publicados en estos últimos años sobre Nínive y la arquitectura fenicia, y se tendrá la certeza de que las casas de aquel pueblo como las de todos los países en que la temperatura es cálida, eran bajas, de paredes muy espesas y casi sin ventanas. Hoy sucede lo que en otro tiempo, y para evitar el calor, se huye de la luz. En Nínive, las paredes que se han medido no tienen menos de siete á ocho metros de espesor. Este solo hecho indica que las construcciones no debían de tener grande altura, porque los techos y las bóvedas no hubieran podido soportar el enorme peso de las masas de tierra de que se componían las paredes divisorias.



Palacios asirio y fenicio

Por eso, en lugar de sobreponer las piezas, se extendían en superficie yuxtapuestas. En las excavaciones practicadas, jamás se ha encontrado una escalera para dar acceso á un piso superior, según testimonio de un sabio cuya autoridad está reconocida, M. Perrot. Esto es concluyente. ¡Cuán lejos estamos de la obra fantástica de M. Garnier!

Pero noto que en vez de señalar lo bueno que hay en la Historia de la habitación, me he dejado arrastrar en la investigación á no hablar más que de las faltas que pueden descubrirse en ella. ¿Qué importa, después de todo, que los arqueólogos, que son un poco pedantes, por lo general, no la miren sin sonreír? Los visitantes de la Exposición, por poca atención que presten, retendrán alguna cosa, y este poco en suma vale acaso más que nada. Sea como quiera, M. Garnier hará bien en publicar su libro, si ha de ayudar á encender su linterna.

VÍCTOR CHAMPIER.